

## La Cautividad

Daniel, Ezequiel

¿Por qué Judá fue devastada? ¿No eran estos el pueblo escogido de Dios? ¿No es esta la gran nación que Dios prometió a Abraham? ¿No les dio Dios la tierra de Canaán por herencia? ¿No ha peleado El sus batallas por ellos a través de los años? ¿Por qué no esta vez? ¿Se ha olvidado de ellos? ¿Está violando Sus promesas?

Oh sí, Dios realmente hizo una promesa a Abraham de que haría una gran nación a través de su simiente (Gén. 12:2). Esa promesa fue cumplida en los días de Moisés y ésta es la nación que hemos estudiado desde entonces (Ex. 19:24). También le prometió a Abraham que daría la tierra de Canaán a esa nación (Gén. 12:7). Esa promesa fue cumplida en los días de Josué (Josué 21:43-45). Además, prometió tratar a esta nación en una forma especial por encima de todas las otras naciones de la tierra. Les ofreció una relación de pacto especial con El que a ninguna otra nación jamás le fue ofrecida. Vaya a Exodo 19:3-6 para ver el pacto que Dios ofreció a Israel:

... Ustedes son testigos de lo que hice con Egipto, y de que los he traído hacia mí como sobre alas de águila. Si ahora ustedes me son del todo obedientes, y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva entre todas las naciones. Aunque toda la tierra me pertenece, ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y una nación santa (NVI).

Los israelitas estuvieron gustosos en aceptar el pacto de Dios cuando fue ofrecido porque deseaban las bendiciones implicadas. Pero, ¿notó que había una condición en el pacto? Dios dijo, “*Si ahora ustedes me son del todo obedientes, y cumplen mi pacto, serán mi propiedad exclusiva*”. La generación de los días de Moisés estaba segura de que podía guardar los mandamientos de Dios sin ningún problema, pero habían hecho un becerro de oro para adorarlo dentro de las seis semanas en que acordaron no adorar otros dioses (Ex. 19:8; 24:3,7; 32:1—33:23). Dios los perdonó en esa ocasión y les permitió continuar en Su gracia.

A medida que los años pasaron en el desierto, los israelitas murmuraron muchas, pero muchas veces. Moisés les advirtió antes de su muerte que tendrían las bendiciones de Dios *solamente* si permanecían fieles a El.

Todo el libro de Deuteronomio expone las condiciones bajo las cuales se les permitiría *guardar* la tierra que Dios estaba listo a darles en ese tiempo. Si servían a Dios fielmente, serían bendecidos en todo. Si no, serían maldecidos en todo. Lea Deuteronomio 28 para ver una de las descripciones más gráficas que se encuentra de su destrucción en toda la Biblia.

La elección era de ellos – podrían obedecer y tener una vida de prosperidad. O podrían desobedecer y enfrentar la muerte y la destrucción. Los cielos y la tierra fueron invocados como testigo de que Israel fue advertida y esta fue su decisión (Deut. 30:15-20).

Moisés murió y el pueblo entró en la tierra y conquistó a todo enemigo que se le opuso. Josué les advirtió antes de su muerte que retendrían la tierra *solamente* si eran fieles (Josué 23-24).

Ahora a través de todos los años interpuestos, Dios ha peleado sus batallas por ellos cuando le estuvieron sirviendo. Cuando no fueron fieles, permitió que un enemigo los oprimiera. En lugar de aprender las lecciones como deberían haberlo hecho, las condiciones solamente se empeoraron en la tierra. El Señor envió profeta tras profeta para advertir de la inminente condenación. El pueblo no escucharía, de manera que los profetas escribieron sus mensajes como prueba de que Dios les advirtió. Finalmente llegó el tiempo cuando la justicia de Dios demandó que la impía nación fuera castigada. Ellos hicieron su elección de ir por su propio camino, y ahora debía ser pagado el precio.

El profeta Ezequiel fue tomado en el segundo grupo de cautivos cuando fueron tomados los artesanos y otras personas sobresalientes. Vivió en una de las colonias judías en una de las márgenes del río \_\_\_\_\_ en Babilonia (Ezeq. 1:1). Un día, el Espíritu del Señor vino a él y lo alzó en una visión y lo llevó de regreso a la ciudad de Jerusalén. Dios le mostró toda la corrupción que estaba en la ciudad. Había un ídolo en la puerta de la ciudad. Vio a los ancianos de la ciudad, los líderes, escondiéndose en la obscuridad y ofreciendo incienso a los ídolos. Estaban seguros de que Dios no podía verlos. Vio a las mujeres de la ciudad clamando por ayuda a los falsos dioses en su tiempo de dificultad. Vio a los hombres de pie en los terrenos del templo con sus espaldas hacia el templo, postrándose en adoración al dios del sol.

Dios dijo, “Hijo de hombre, ¿no ves lo que éstos hacen, las grandes abominaciones que la casa de Israel hace así para alejarme de mi santuario? ...” (Ezeq. 8:6). A medida que Ezequiel observaba, el Espíritu de Dios se levantó de su lugar por encima del propiciatorio en el Lugar Santísimo y se retiró al umbral del

templo. A medida que la visión continuaba, Dios envió mensajeros a través de la ciudad para marcar a todos aquellos que se afligían por los pecados de la ciudad. Luego, envió a otros a destruir a todos los impíos que no estaban marcados. Ezequiel clamó con angustia, “¡Ah, Señor Jehová! ¿destruirás a todo el remanente de Israel derramando tu furor sobre Jerusalén?” (9:8). Dios contestó. “La maldad de la casa de Israel y de Judá es grande sobremanera, pues la tierra está llena de sangre, y la ciudad está llena de perversidad; porque han dicho: Ha abandonado Jehová la tierra, y Jehová no ve” (9:5-6,9). La visión continuó a medida que Ezequiel observaba la gloria de Dios dejando el umbral del templo, y se trasladó afuera de Jerusalén al monte oriental de la ciudad (11:23). La ciudad y el templo no eran más que una cáscara vacía hasta donde Dios estaba implicado. Los había rechazado. (Ezeq. 8:1—11:25).

Esto fue exactamente lo que Dios predijo cuando Salomón edificó el templo. Prometió oír todas las oraciones ofrecidas hacia el templo si le servían fielmente. Pero ...

... si ustedes o sus hijos dejan de cumplir los mandamientos y decretos que les he dado, ... yo arrancaré a Israel de la tierra que le he dado y repudiaré el templo que he consagrado en mi honor. Entonces Israel será el hazmerreír de todos los pueblos. Y aunque ahora este templo es imponente, llegará el día en que todo el que pase frente a él quedará asombrado, y en su burla, preguntará: ‘¿Por qué el Señor ha tratado así a este país y a este templo?’ Y le responderán: ‘Porque abandonaron al Señor su Dios ...’ (1 Reyes 9:3-9). NVI

El tiempo ha llegado. El plan de Dios está en el programa. Dios no puede mentir acerca de Sus promesas de castigos como tampoco no puede mentir acerca de Sus promesas de bendición (Heb. 6:18; 2 Ped. 3:9).

¡Pero espere! Hubo otra promesa para Abraham. Dios dijo que todas las naciones serían benditas a través de Uno que vendría a través de su simiente (Gén. 12:3). Debe haber otro profeta que se levante como Moisés (Deut. 18:15-22). Debe haber un Rey que reine por siempre sobre el trono de David (2 Sam. 7:11-16; Sal. 89:19-37; 132:11-12). En todos los años entre la promesa a Abraham y la caída de Judá, hubo muchas, pero muchas profecías y promesas acerca de Este que vendría. ¿Se ha olvidado Dios de todas estas promesas? ¿Está Dios tan disgustado con Su pueblo que ha decidido destruirlos y empezar otra vez con una nueva raza de personas a través de quien cumplir Sus promesas?

No. Esa promesa también está en el programa. Dios podía cumplir Su plan para la redención de la humanidad si Israel era fiel o no. Si le hubieran servido fielmente, los habría bendecido grandemente. Nunca se habrían encontrado a sí mismos meramente empeñados en una sociedad pagana. Como lo fue, debían ser castigados, pero Dios no los ha olvidado.

Hubo una diferencia mayor entre la forma en que Dios castigó a Su pueblo escogido y la forma en que destruyó a las naciones paganas. Por ejemplo, Asiria nunca se levantó de nuevo. Su capital, Nínive, fue destruida tan enteramente, que sus ruinas no fueron encontradas durante siglos. En contraste, el pueblo de Dios fue llevado cautivo, su ciudad fue quemada, pero Dios no los olvidó. El sabía dónde estaba cada individuo, y oyó la oración ofrecida por un israelita fiel aunque estuviera a miles de kilómetros de su tierra nativa (véase Dan. 6).

Las amenazas de la cautividad para el pueblo de Dios estuvieron seguidas por una promesa del retorno de un remanente. Ya hemos notado la advertencia de Moisés en Deuteronomio 28. Ahora mire el capítulo 30 del mismo libro. Moisés dice, “Dios se acordará de ti y te traerá de regreso a tu tierra nativa aún si estuvieras esparcido en lo más lejano de la tierra bajo el cielo”.

La visión de Ezequiel incluyó la promesa de que el fiel sería perdonado y se le permitiría retornar a casa (Ezeq. 9:6; 11:13,16-21).

El profeta Amós declaró que los ojos de Dios estaban sobre el pecador reino de Israel. Sería destruido completamente, pero toda la casa de Jacob no se perdería. Dios dijo que zarandearía la nación de Israel como si estuviera en un cedazo, pero ni un granito (individuo justo) se perdería (Amós 9:8-10).

Jeremías hizo una promesa similar acerca del reino de Judá. Nunca habría de nuevo un rey de la línea real reinando en Jerusalén. No obstante, unos pocos años después, declaró que Dios levantaría un Renuevo Justo a David quien sería un Rey para juzgar justamente. Su nombre sería “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 22:28—23:6).

Jeremías aún especificó la duración del tiempo que el reino de Judá estaría en cautividad. Serían 70 años desde el tiempo que fueron tomados los primeros hasta que un remanente retornaría (Jer. 29:10).

Resumamos los puntos en las profecías: El pueblo había sido impío. Dios demanda que sean castigados. Nunca serán de nuevo una nación de israelitas independientes con un rey de la línea de David. Sin embargo, Dios aún ama a Su pueblo. Su promesa de un Redentor no ha sido cumplida. Por tanto, Dios permitirá que un grupo retorne exactamente en 70 años después que los primeros cautivos fueron llevados desde Jerusalén. A través de este remanente, Dios terminará Su plan de bendecir a todas las naciones. Este sería un descendiente de David y reinaría en el cielo para siempre.

Es ahora nuestra tarea en este estudio ver cómo la providencia de Dios obró en los reinos de los hombres para efectuar Su propósito.

Ninguna biblioteca enorme ha sido encontrada en las ruinas babilónicas. Los reyes no guardaron registros detallados en la forma que lo hicieron los asirios, o los registros aún están sepultados en los fragmentos de piedra y ladrillo que el tiempo ha dejado. Nosotros, por tanto, no conocemos muchos detalles acerca de su imperio.

Sabemos que Nabucodonosor fue un general poderoso y tuvo éxito en someter la mayoría del territorio que a los asirios les había tomado siglos conquistar. Solamente Egipto fue demasiado fuerte para que lo tomara.

### **Mapa #16 — El Imperio Babilónico**

**Marque y numere su mapa.**

**Trace el territorio controlado de Babilonia. Coloréelo de naranja.**

**Coloree todos los cuerpos de agua.**

**Trace una línea punteada alrededor de Canaán. Nótese, ninguno del pueblo de Dios está viviendo allí ahora.**

**Marque y coloree el reino Egipcio.**

Nabucodonosor fue el rey más ilustre del imperio. Fue un hábil administrador y constructor. Hizo de Babilonia la principal ciudad del mundo. Cubría un área de 321 kilómetros cuadrados (200 millas) a ambos lados del río Eufrates. Era hermosa con sus amplias calles exhibidas en ángulos rectos. Tres murallas imponentes rodeaban la ciudad. Al menos parte de las murallas eran lo bastante anchas para que los carros pasaran por encima de ellas. Los “Jardines Colgantes” que Nabucodonosor construyó para su esposa Media se convirtieron en una de las siete maravillas del mundo antiguo. (Véase Dan. 4:28-30).

Los babilonios podían ser crueles así como fueron la mayoría de los pueblos conquistadores de sus días. Ya hemos visto que destruyeron a Jerusalén completamente. Parece de las ruinas de Judá que muchas de las ciudades amuralladas cayeron al mismo tiempo. El rey Sedequías fue capturado y llevado ante Nabucodonosor. Allí, ante sus ojos, sus hijos y los oficiales judíos fueron muertos. Luego los ojos de Sedequías fueron sacados y él fue arrojado en prisión (2 Reyes 25:4-7; Jer. 39:1-7).

No obstante, parece que los babilonios no se gloriaron en la crueldad como lo hicieron los asirios. Tendían a dejar a todos los pueblos exactamente donde los encontraron mientras ellos aceptaron el dominio babilónico. Una ciudad sometida era dejada en pie con solamente el pago de tributo. Las tribus de Israel ya en el exilio desde los días de los asirios permanecieron así. El pequeño reino de Judá fue derrotado y el pueblo trasladado porque continuaban rebelándose contra el rey.

El pueblo cautivo fue tratado generosamente. Daniel y sus compañeros fueron tomados en el primer grupo de cautivos, y fueron entrenados para servir en el palacio del rey. Les fueron dadas posiciones honrosas en el reino (véase el libro de Daniel). Ezequiel no tuvo contacto directo con el rey. Vivió entre los cautivos regulares. Hay evidencia de que a los judíos se les permitió establecer colonias prósperas y confortables junto a un canal de irrigación llamado el río Quebar que se extendía desde la ciudad de Babilonia hasta Erec (véase el libro de Ezequiel). Jeremías escribió una carta a los cautivos diciéndoles que construyeran casas, plantaran huertos, que permitieran a sus hijos casarse, y que prosperaran (Jer. 29). Muchos judíos se volvieron muy ricos durante el período.

### **Marque el Río Quebar y Erec.**

Aún, el judío fiel esperaba el día en que pudiera regresar a casa. Las advertencias de los profetas tuvieron más significado ahora que nunca antes. No había duda ahora de que Dios los castigaría. Ahora sabían que debían obedecer la ley de Dios si querían el favor de Dios. El templo estaba destruido, y no había lugar para ofrecer sacrificios, de manera que empezaron a reunirse el día de reposo para leer y estudiar su ley y los profetas. Estas reuniones fueron probablemente el inicio de sus *sinagogas* (un reunirse en conjunto). Esta fue una institución que ayudó a mantener a los judíos enterados de su ley y de su posición distinta delante de Dios.

Nabucodonosor tuvo un largo reino, exitoso. Hay algunas historias fascinantes en el libro de Daniel que muestran a Nabucodonosor en directa confrontación con Jehová. Ningún otro rey jamás había destruido el templo de Jehová. Habría sido fácil para Nabucodonosor decir que él era más grande que el “Dios de los israelitas”. En lugar de eso, aprendió una y otra vez que “Dios tiene el dominio en el reino de los hombres, y que lo da a quien él quiere” (Dan. 2:37-38, 47; 3:28-29; 4:17, 25-26, 32, 34-37). El poderoso rey era meramente un instrumento en la mano del Dios Omnipotente.

No hubo fuertes sucesores al trono de Nabucodonosor. Cuatro reyes reinaron en rápida sucesión en los 22 años después de su muerte. Nabodino fue el último en el trono. Parece haber tenido muy poca habilidad como gobernante. Estuvo lejos de su capital la mayoría del tiempo en algún estudio de las antigüedades. Pero construyó para sí mismo una nueva residencia real en la ciudad Arabe de Tema y permaneció allí una

gran porción de tiempo. Había dejado a su hijo Belsasar a cargo en Babilonia en la noche que Dios escribió en la pared pronunciando la destrucción de Babilonia (Dan. 5).

**Marque Tema en Arabia.**

Esa misma noche la ciudad fue invadida, y cayó sin una batalla. El pueblo de Babilonia dio la bienvenida a los invasores casi como si fueran liberados.



